

grado; porque ya habían consentido en tener un *auto de fé* magnífico.

Las viejas se conformaron con la esperanza de que quedaban algunos reos en poder de la Inquisición, y no sería extraño un escarmiento público, cuya diversion no perderían, ni aun cuando se les ofreciese la salvación.

Luego que el fraile se alejó con la turbamulta, el portugués lanzó una blasfemia espantosa----

—Calma, sacia tu sed de oro, miserable; te he comprado las llamas de la hoguera, pero he perdido á mi hija ---- hija mia! .... hija mia!

Acercóse despues al armario, tomó dos pistolas y su espada, embozóse en una ancha capa y salió rumbo á la taberna de Lino el Mulato.

### III.

Volvamos á la hija de Treviño.

Rosalía se encontraba accidentalmente á la ventana de su aposento, que daba á la calle, cuando vió llegar el aparato sombrío de la Inquisición.

Púsose en acecho de lo que pasaba, oyó la amenaza del fraile y la acusacion de heregía.

Asustóse la desgraciada jóven, subióse á la azotea, y se echó á andar hasta donde las bardas de los límites se lo permitían; encontró una escalera de mano puesta por una mujer que tendía su lavado en la azotea, descendió sin pensar en lo que hacía, encontróse en un patio abandonado; siguió por un pasadizo húmedo y estrecho que conducía á una puerta de salida, abrió las hojas y comenzó á andar por calles y callejuelas sin rumbo.

Ya en los suburbios encontró á la madre Paulina, que la reconoció al instante.

—Salvadme, por piedad! la Inquisición ha entrado en casa!

—Venid, dijo la bruja, venid y os pondré en un lugar seguro.

Rosalía se dejó conducir sin preguntar adonde la llevaban.

Anduvieron largo rato hasta llegar á una casita escondida entre unos fresnos.

A la puerta estaba un muchacho, que se levantó luego que vió llegar á la bruja, le habló al oído y se alejó silbando por un sendero de árboles que se perdía entre las lomas.

—Aquí estais segura y podremos tener noticias de lo que pasa á vuestro padre.

—Puedo fiarme de vos, señora?

—No abusaré de vuestra inocencia.

—Id á la ciudad, id en nombre del cielo, y avisadle á mi padre donde estoy, si acaso le han dejado libre.

—Bien, no os movais de aquí, porque pelagra vuestra existencia; si álguien llama, no le abrais la puerta; mirad, aquí hay una tabla que cubren estas ramas secas; si la Inquisición llegara á venir, no hay mas que levantarla y os encontrareis en una pieza subterránea; conque andad con cuidado.

—Volvereis pronto?

—Dentro de una hora, voy á ponerme en acecho.

—Adios.

—Adios, hija mia.

La jóven se quedó á la puerta viendo desaparecer á la bruja que se internaba en la ciudad.

Cayó la noche, que era fria, y el viento azotaba con furor las copas de los árboles y crugía entre los carrizos de la choza.

La hija de Treviño comenzaba á tener un miedo horrible.

La oscuridad era densa, solo se oía el lejano ladrido de los perros y algunos de esos écos producidos por el mismo silencio de la noche.

Una ráfaga de aire llevó al oído de la jóven un ruido de pasos mezclado con el chasquido de una espada al dar sobre las piedras.

—Dios mio! exclamó Rosalía, la Inquisicion!

Los pasos se acercaban, la jóven levantó la tapa de madera y se entró en el subterráneo.

Nada pudo ver porque la oscuridad era completa.

Púsose en acecho y oyó una voz conocida que decia:

—Madre Paulina! madre Paulina! abrid con mil demonios!

—Es él! es Antonio! dijo la jóven, y levantando la madera salió apresuradamente á recibir al estudiante.

—Antonio! gritó conmovida Rosalía.

—No, no es un sueño, murmuró el familiar, eres tú, es verdad que te siento junto á mí.

La jóven lloraba en silencio abrazada de su amante.

—Cuenta, cuenta, amor mio, el motivo de tu presencia en este lugar.

—No sé nada, me parece que aun no salgo de esta pesadilla, me parece escuchar la voz de ese fraile que acusaba de heregía á mi padre.

Pedraja ignoraba el resultado de la visita de fray Angel al portugues.

—Y tú, continuó Rosalía, que buscas en esta casa?

—Yo vengo tambien huyendo de la Inquisicion, he matado á ese hombre que te requería de amores y he dado contra un clérigo infame que ha denunciado al rector de San Nicolas.

—Ese sacerdote me infunde una gran veneracion; mi primer pensamiento al abandonar la casa de mi padre, fué buscar refugio en el Colegio de Jesuitas, donde está de continuo el rector de San Nicolas.

—Rosalía, tú has lanzado un rayo de luz en mi cerebro, él nada mas puede salvarnos; abandonemos esta casa, aun tenemos tiempo.

—Sí, huyamos porque tengo un miedo espantoso; la mujer que me ha traído aquí, es la misma que se empeñaba en proteger á ese miserable de Ramos.

—Aquí tu inocencia y tu virtud están en peligro.

—Yo lo comprendo, huyamos.

Tomóse Rosalía del brazo del estudiante y se entraron en las calles de la ciudad.

#### IV.

No bien los amantes habian abandonado la choza, cuando Lino el mulato penetró violentamente, abrió la trampa, sacó una linterna sorda, tomó una barra de hierro y cavó en un rincón del subterráneo.

A los cinco minutos de esta operacion se dejó ver un cofre de hierro, lo sacó el mulato y hechó á huir como un desesperado.

#### V.

Dirijióse la madre Paulina en busca de Treviño para venderle á peso de oro el secreto; llegó á la calle del Raton, y encontrándose con el tumulto, mezclóse entre la multitud y comenzó á indagar lo que pasaba.

—Dicen que hay pacto con el diablo en esa casa.

—Con el amo de ella?

—Precisamente, ese maldito portugues habla todas las noches con Satanás.

—Yo lo aseguro, dijo una vieja, por la noche se oyen truenos y salen llamas por la chimenea y un olor de azufre y pólvora.

—Como que ayer oí unos gritos como de condenado y ruido de cadenas y de huesos.

—Malo, malo! murmuró la madre Paulina, esto me huele á quemadero; pongámonos bien con la Inquisicion, porque estoy muy cerca de sus mazmorras.

Salióse la bruja de la calle del Raton y se entró en el zaguan del obispado.

Al cerrar la noche regresaba fray Angel cuando salió de detras de una columna la bruja y dijo al oido del fraile:

—Reverendo padre, os necesito urgentemente.

El fraile hizo un gesto capaz de asustar al mismo Lucifer, y retirándose á una de las piezas bajas le dijo á la vieja:

—Hable sin acercarse.

—Ha desaparecido la hija de Treviño.

—Cómo lo sabeis?

—Ese es mi secreto.

—Pues yo arranco los secretos en el *tormento*.

—Estoy curada de espanto, reverendísimo padre.

—Ya veremos, daos á prision.

—Eso no es posible, somos buenos amigos.

—Yo no soy amigo de las hechiceras.

—Y si pusiera en vuestro poder á la hija del portugues?

La cara arrugada de la vieja, le pareció de un ángel al fraile.

—Como lo oís, reverendo padre.

—Seria capaz de daros patente de cristiana si hiciérais accion tan meritoria.

—Nada mas teneis eso que ofrecerme?

—Seria capaz de premiaros con bulas para un lance supremo, que me parece que no está muy lejos

—Ya eso es algo.

—Y añadiría una onza de oro, una nada mas.

—Aquí hay gato encerrado pensó la vieja.

—Ya lo oís, madre Paulina, una onza de oro no es de des- perdiarse.

—Si fueran veinte el negocio era concluido.

—Bruja infernal! exclamó el fraile.

La vieja comprendió que fray Angel estaba interesado y se decidió á explotar al reverendo padre.

—No sabeis lo que os decís, dijo este, veinte onzas es una fortuna, no he dicho tantas misas.

—Pensadlo bien y nos veremos.

—Primero deo salir á un reo del Santo Oficio, que á vos del obispado.

—De que os servirá esa detencion si mi boca no dirá una sola palabra?

—Teneis á los espíritus en el alma!

—Puede ser, reverendo padre.

—Te juro, que dentro de un mes estás con Satanás en el mismo infierno.

—Amen, reverendo padre.

—Pues esta bruja no se asusta, condescendamos; porque Treviño me dará cien veces mas.

—Parece que ya os humanizais, reverendo padre.

—Bien, os daré diez onzas y no hablemos una palabra porque os cuesta muy caro.

—Os he dicho que veinte, y no rebajo un solo maravedí.

—Bien, os las entregaré luego que me lleveis al sitio donde se encuentra esa desgraciada jóven.

—No, adelantadas.

—Bien, tomadlas y carguen con vos todos los diablos.

El fraile entregó las onzas á la vieja, que las desapareció instantáneamente bajo su manto.

—Marchemos, marchemos, señora, que necesito volver á esa niña á su hogar.

La bruja se puso en camino seguida del fraile, y de una media docena de alguaciles que se fueron á la capa creyendo firmemente que la madre Paulina iba á proporcionales un rato de plática con el *enemigo ma'o*.

En una de las calles dió el fraile con Treviño que caminaba en derechura á la taberna del Mulato.

—Caballero, caballero, gritó el fraile.

Detúvose el portugués y hablando por lo bajo con el delegado de la Inquisición le dijo: ¿habeis adelantado algo?

—Mucho, muchísimo, retiraos á vuestra casa, que dentro de una hora estaré allá con vuestra hija.

—No me hagais desesperar!

—Palabra de honor, caballero, esta vieja tiene á vuestra hija y vamos á buscarla violentamente.

—Ya os he dicho, reverendo padre, que cuanto poseo ----

—Bien, bien, os lo habia jurado, y cumplo con esta alianza de amistad establecida entre ambos.

—Me habeis devuelto la tranquilidad, la vida!

—Se me hace tarde por ver á vuestra hija.

—Id, id, reverendo padre, volvedme á Rosalía.

El fraile apretó á andar hasta ponerse á tiro de ballesta de la bruja.

Treviño se puso en acecho del fraile, colocándose sobre las lomas para presenciar la escena, favorecido por las sombras de la noche.

Oíanse aún los pasos de Lino el Mulato entre la yerba seca del campo, cuando la bruja y fray Angel llegaron á la choza.

—Pasad, reverendo padre, pasad, aquí teneis á la jóven.

—Esperad un momento, dijo el fraile, y comenzó á bendecir la choza y decir exorcismos y oraciones; despues entró con recelo asustado con los quejidos del viento en los carrizales.

—La pobre niña se ha ocultado en el subterráneo.

—Luego hay un subterráneo?

—Precisamente, reverendo padre.

Acercóse la bruja, abrió la puerta y se metió en el antro.

Prendió luz, registró aquella estancia, admirada de no encontrar á la jóven. De improviso reparó en la escavacion y dió un terrible grito.

El fraile salió corriendo, dió tres palmadas y un grupo de embozados acudió violentamente.

—Entrad, entrad, gritaba el fraile y aprehended á esa bruja que pretende hechizarme.

La ronda se detuvo.

—Que entreis ahí, condenados!

Los individuos embozados estaban llenos de pánico y se remolineaban en la puerta sin atreverse á dar un solo paso.

—Que entreis en ese infierno!

Esas palabras en vez de alentar á la ronda mas la retraían.

La bruja al comprender el robo, se sintió herida en el alma, dió un grito y tiró la luz.

La yerba comenzó á arder, y bien pronto se alzó una llama que envolvió á los pocos momentos toda la choza.

—*Vade retro!* gritaba el fraile.

—*Vade retro!* gritaban los alguaciles, y echaron á correr en pos de auxilio á la ciudad.

La madre Paulina, que para un evento de persecucion tenia practicada una salida por el lado de las lomas, se escapó á toda prisa.

Tornó el fraile con una patrulla y colocó centinelas en derredor de la hoguera para no dejar escapar á la bruja; exorcizó las cenizas de la choza y el alcalde registró el sótano, no encontrándose resto humano que indicara la muerte de la vieja.

## VI.

Permanecia Treviño sobre las lomas viendo la escena extraña que se desarrollaba á su vista, cuando atravesó una sombra rozándole completamente.

Por un instinto desconocido tendió el brazo y detuvo á una mujer.

—Soltadme! gritó la madre Paulina.

—Sois vos, desgraciada! exclamó el portugués.

—Sí, yo soy, yo, que me han robado infamemente.

—Y quién os ha robado?

—La hija de Treviño.

—Mi hija?

Quedóse la bruja con la mirada enhiesta sobre el embozado.

—Sí, continuó rechinando las mandíbulas, la hija de Treviño, á quien yo habia dado albergue en mi casa, me ha robado un cofre con dinero----- el dinero reunido durante toda mi vida----- mirad, mirad, aquellas llamas consumen el resto de mi fortuna, mis drogas, mis composiciones, todo perece entre el fuego!----- y la bruja se echó á llorar con desesperacion.

—Devolvedme á mi hija y recobrareis vuestra fortuna.

—Por Satanás, que os la devolveré!

—Duplicaré tu fortuna.

—Vuestra mano! gritó la vieja y oprimió la de Treviño entre las suyas heladas y huesosas, y huyó con una ligereza de murciélago entre las lomas.

—Maldicion! gritó Treviño, el cielo y el mundo se cierran delante de mí; yo me abriré paso, ó dejaré mi existencia en este empeño!

Las ráfagas del aire llevaron las últimas palabras del portugues, que se hundió como una sombra en el silencio imponente de la noche.

## CAPITULO VI.

### PRISIONES Y PUÑALADAS.

#### I.

Despues de la zambra armada en la taberna del mulato, vimos al dueño de aquella abominable casa escurrirse de puntillas hasta la puerta por donde la madre Paulina habia desaparecido.

Asomóse á la cerradura, y vió sacar de un estante un bulto parecido á un cofre. La mano débil de la vieja no pudo sostener el peso, y el cofre cayó produciendo un sonido metálico que no se escapó al oido templado de Lino.

Azoróse la bruja, levantó el bulto, lo puso entre los pliegues de su manto y se echó á andar hasta la casuca que ya han visto arder nuestros lectores.

El mulato seguia como un zorro la pista, por entre los carrizos, vió la trampa por donde la vieja desapareció y pudo oír el ruido seco de la escavacion.

El mulato se ocultó entre los árboles y siguió en pos de la madre Paulina hasta presenciar el encuentro con Rosalía.